

Mientras dormía

Alexandra María Clavijo Guerra

Egresada de Comunicación Social

Universidad de Cartagena

Colombia

Cuando desperté estaba junto a ella, a pesar de haber salido de su refugio interior, y de lo traumático que había sido para mí, ella estaba conmigo. Y de qué manera me lo hacía saber. El tiempo transcurrió y me di cuenta de que, así como yo, había dos más a los que ella trataba con la misma delicadeza. Cada contacto era su forma de manifestarnos un gran cariño. Pronto, mis hermanos y yo, no sólo dábamos grandes pasos, sino que hacíamos nuestro ese gran espacio que se nos había otorgado, jugábamos, peleábamos y mamá nos consentía con esas caricias húmedas que aún hoy no logro sacar de mi mente.

Fue durante un día soleado en el que un ser extraño me separó de mi madre y hermanos, solo lágrimas brotaban de mis ojos, los mismos que miraban con tristeza cómo lentamente me alejaban de lo única felicidad que había conocido. Nadie parecía entenderme, al menos no como lo hacía mi familia. Cuando miraba hacia arriba, ya no era el rostro de mamá el que veía, sino el de un ser extraño, de rasgos tan distintos que no parecíamos tener ningún tipo de relación; cuando le preguntaba: —¿Por qué me llevas, yo no soy tu hermana, no creo que me quieras contigo?—. No me comprendía, tan sólo me miraba y estiraba los músculos de lo que ahora sé, era su cara; por lo menos era una cara amable la que me alejaba de los únicos seres que me habían querido, me preguntaba tantas veces qué estarían sintiendo ahora que yo me había ido. Pobre mamá, pobres hermanos, tan sólo había pasado un rato y yo extrañándolos tanto, las lágrimas no se hicieron esperar; lloré durante horas, hasta que el cansancio se apoderó de mis fuerzas y simplemente me desplomé en el regazo de quien fuera mi captor.

Apenas fui consciente de mi estado, pude notar que me hallaba sola y que aún era de día, la claridad alcanzaba a irrumpir en el estrecho recinto que habían dispuesto para mi descanso; a pesar del poco espacio, me sentía cómoda. En el ambiente lograba percibir un extraño aroma que, por razones que más adelante comprendería, me hacía sentir segura. Al cabo de un corto periodo, pude ver un nuevo rostro sonriente, pero cuando sus intenciones iban más allá de sólo mirarme sentí miedo. Cerré mis ojos con mucha fuerza, como si con eso hubiese podido detener cualquier ataque, pero al percatarme, acariciaba mi cuerpo con tal delicadeza que bastó sólo ese instante para comprender que todo estaría bien, aunque las caricias no eran húmedas, se sentía un amor natural, tan cercano como el de mamá.

Convirtiendo el tiempo en mi aliado, pude sanar la herida que alguna vez me causó la separación con mi familia, vivía un día a la vez, como si el mañana no existiera y toda esperanza se resguardara en ese momento en que todos despertaban después de largas horas de oscuridad y soledad. El amanecer me daba seguridad y ella simplemente me mantenía a su lado, juntas éramos como un solo ser, unido por el cariño que incluso yo le llegué a profesar; sí, era amor, del natural.

Cuando debía irse a estudiar la extrañaba tanto, por eso mientras la esperaba me divertía regañando a cuanto malhechor se acercaba a nuestro recinto; eso sí era algo divertido, en las ocasiones que pasaban desapercibidos de mi presencia, con un simple regaño bastaba para ahuyentarlos, algunos al verme corrían despavoridos, otros un poco más valientes, se reían por mi peculiar tamaño. Era pequeña, pero del tamaño ideal para que ella aún pudiera sostenerme entre sus brazos. Su llegada era algo fenomenal, las dos corríamos con gran emoción y al momento de encontrarnos, la «explosión» era tal, que hasta resulta difícil su descripción; nos queríamos y eso era lo importante.

Mientras pasaba el tiempo, ella se notaba distinta, no sólo por sus cambiantes rasgos, sino por lo distante, regresar del colegio llegó a convertirse en un hecho rutinario, sus caricias aunque naturales, dejaron de ser constantes, me apartaba de su vida y no entendía los motivos; cualquier día, decidí irrumpir en su cuarto, y la encontré en silencio llorando, le pregunté qué le ocurría, pero nunca logramos comprendernos de esa manera. Me miraba fijamente y lloraba, traté de consolarla, pero era inútil, mis caricias húmedas no bastaban, no llegaban hasta donde tenía el alma quebrantada. Decidí esperar mirándola, mientras pensaba qué hacer para ayudarla. Pronto, tal y como me sucedió

ese día soleado, se desplomó junto a mí y durmió durante horas, al despertar, mantenía la esperanza de que al verme, me regalara una sonrisa y pudiéramos seguir como siempre, pero fue inútil, la tristeza era ahora su compañía, lo notaba por su mirada perdida, eso era algo que mamá siempre me había dicho, *“si quieres ver la honestidad, búscala en la mirada de la inconsciencia”*, y ellos sólo se encuentran, en ese corto trance entre el sosiego y el despertar.

Cuando abandonó aquél recinto, para pretender ante todos que nada le estaba pasando, me quedé estática meditando, y encontré una fotografía de una extraña figura que hace varios meses había dejado de ver por la casa, sobre el marco aún reposaban las lágrimas que ella había derramado, —¿será entonces por él que sufre mi querida?— me pregunté, tratando de buscar una salida. Resolví buscarlo. A la primera luz del día escapé y armada con este gran sentido que por naturaleza desarrollé, olfateé hasta dar con mi objetivo; para mi sorpresa ella estaba en aquél sitio, sentada sobre un pequeño terreno de pasto verde levantado, decorado con coloridas figuras que pretendían suplantar la belleza de una flor primaveral, lloraba de la misma forma que el día anterior; cuando me acerqué, la noté sorprendida, sin embargo pude ver la fotografía de aquella extraña figura, reposando sobre el pasto, por qué no salía, eran los motivos que en ese entonces no entendía.

Al regresar a casa comprendí que era él quien causaba su tristeza. Si no regresaba, permanecería sumida por siempre en ese estado de letargo, en el que los sentimientos se vuelven ausentes; debía evitarlo, gracias a ella pude soportar todo este tiempo alejada de mi familia, ahora no podía permitir que se extraviara en el peor de los laberintos con su alma encadenada. Tan solo bastó esa noche para decidirme. A la mañana siguiente tenía claridad de lo que haría, sería esa misma noche en la que cesarían las penurias de mi querida, pronto ese llanto incesante se detendría, para convertirse en una sonrisa constante, producto obviamente de su alegría.

Llegado el ocaso, lo convertí en uno más de mis aliados, a ella la hallé encerrada en su cuarto como de costumbre. Logré entrar empujando la punta de aquél gran trozo de madera que me impedía pasar. Allí estaba dormida, para ella sería como un sueño del que nunca querría despertar, moví un poco su cuerpo hasta encontrar los «reflectores» de su tristeza, unidos a los míos, nos miramos fijamente, pronto comprendí que esto era lo que realmente quería, procedí, y mientras ella emprendía su viaje de reencuentro yo reposaba en la cama, junto a su cuerpo.